

FLOR DE UN DÍA

IMPLACABLE MASSIEL

Cada vez que **Massiel** —siempre tan excesiva, tan mujerona, tan sin pelos en la lengua— se decide a abrir la boca, el mundo entero debería echarse a temblar. O al menos, un buen puñado de famosas, directa o indirectamente, aludidas por la bien llamada *Tanqueta de Leganitos*. Primer asalto: la ex-eurovisiva habla de su macho ideal —que si culto, generoso, con sentido del humor...— y de lo que cuesta encontrarlo. Porque, atención, dice Massiel: «Yo quiero un hombre de mi edad y no un chulo del Caribe con veinticinco años menos. No quiero un mueble para acostarme con él». ¿Sobran los comentarios, verdad? Pues atentos a la segunda perla que suelta la terrible *Tanqueta*: «Los caballeros las prefieren tontas... Por no hablar de **Mar Flores** y el pobre **Fernández Tapias**». Al menos, la implacable Massiel reconoce la sinceridad como defecto. ¿O será acaso una virtud?



SE BUSCA RAPER

Hay que ver cómo son en América. Parece que llevan a rajatabla aquello de que más vale prevenir que curar, así que, por si las moscas, las autoridades de Los Ángeles han colocado la fotografía del rapero **Bobby Brown**, a la sazón marido de **Whitney Houston**, en los tabloncillos de todas las comisarías de la populosa city, por la archiconocida tendencia del muchacho a meterse en líos. La difusión de la fotografía en cuestión —suéter blanco, mirada perdida y nada de cadenas u otros variados abalorios propios de su indumentaria habitual— ha sentado fatal a la pareja de cantantes. Consideran la decisión policial «denigrante e innecesaria». Además, suponemos que el tal Bobby ya es suficientemente conocido como para ponerle más carteles, ¿o no?

ADIÓS, ANITA

¡Cuánto tiempo sin saber de ella! **Anita Obregón** reapareció el pasado miércoles en la agitada noche madrileña, mientras los exaltados aficionados merengues que celebraban la octava le hacían corrillo al grito de «*Suker, Suker*» y ella ponía cara de poker y decía que se alegraba mucho del laureado triunfo madrídista. Pues bien, parece que ni *Antoñita la Fantástica* se acuerda ya del croata, ni **Davor Suker** de la inefable Anita. Porque resulta que el futbolista se ha echado nueva novia, compatriota y deportista. Se trata, nada más y nada menos, que de la tenista **Iva Majoli**, con quien parece estar viviendo algo más que una bonita amistad. Anita, mientras tanto, continúa trabajando trepoceintas horas diarias, que es lo suyo. Y todos tan contentos.

L

legó manso y con sonrisa beatífica, pero no a causa de la heroína, como le ocurría a Vincent Vega, su extravagante personaje en *Pulp Fiction*, sino gracias a esa paz interior que, al parecer, le acompaña desde que ingresó en ese extraño culto que profesa. Hace falta tener mucho cuajo para embarcarse en una gira por Europa con el propósito de promocionar una película que, según la crítica norteamericana, «podría ser la peor del siglo». **John Travolta** tiene cuajo, pero, además, es un actor sobradamente consagrado, que lleva mucho tiempo haciendo lo que le sale de la Cienciología.

De modo que se plantó en Barcelona y, con cara de no haber roto nunca un plato, nos dejó su última producción: *Campo de batalla: la Tierra*. Recuperemos el planeta, reza el eslogan de la película, a lo que algunos analistas respondían: «Sí, recuperémoslo para el buen cine».

A Travolta no se le borró en ningún momento la sonrisa de la boca. Llegó tarde a todas partes, como corresponde a una estrella, pero su talante risueño y bonachón derretió cuantos icebergs le salieron al paso. Venía procedente de Roma, a bordo de un avión privado pilotado por él mismo. Y se marchó al día siguiente, el miércoles, rumbo a Londres, a seguir vendiendo lo suyo, una tarea que, a su juicio, «es maravillosa, pues consiste, básicamente, en estar abrazando y besando a mucha gente».

Relajado y fondón

La primera escala la hizo el actor en Cornellá. Allí, en unos grandes almacenes, y ante unos ochocientos admiradores, firmó unos cuatrocientos ejemplares de un libro que ni siquiera es suyo. Pero cuyo autor, ya fallecido, es **Ron L. Hubbard**, el polémico creador de la Iglesia de la Cienciología, de la que John es adepto.

A sus 46 años, recuperado definitivamente del hundimiento que siguió a sus fulgurantes éxitos de juventud —*Fiebre del sábado noche* y *Grease*—, a Travolta se le ve mucho más relajado y, todo hay que decirlo, bastante fondón. Ahora es un hombre espiritual y eminentemente familiar. Él y su esposa, **Kelly**, se ocupan del cuidado de su hijo recién nacido, un bebé que aún no ha cumplido los tres meses.

Los más nostálgicos esperaban reconocer en él al bailón Toni Manero y los que aman a **Quentin Tarantino** buscaban a Vincent Vega. Pero todo lo que hallaron fue a un cuarentón rellenito y sonriente, que se dejaba abrazar y besar con paciencia de santo.

Por la noche, la estrella se cambió de camisa y acudió al estreno de su película en un cine de la Rambla Cataluña. Entre los que le aguardaban, había un grupo de jóvenes con gorras a lo **Israel**, el gallego de *Gran Hermano*. Y asomada al balcón de un primer piso, una anciana que, a decir por el grosor de los cristales de sus gafas, podría haber tenido alguna dificultad a la hora de distinguir entre John Travolta y **Danny de Vito**.

Por fin, llegaron los *Mercedes*



Campo de batalla: la Rambla

John Travolta reparte sonrisas y autógrafos en los actos de promoción de su nueva película en Barcelona

Por **A. Furundarena** Fotos: **Carmen Secanella**



Travolta saluda al numeroso público que le esperaba a la entrada del cine barcelonés donde se estrenó su último filme.



■ El actor llegó a la ciudad condal en un avión pilotado por él mismo

azules del séquito que acompañó al actor durante toda su visita y, del último de ellos, descendió John en persona, todo vestido de negro —traje, camisa y corbata— y luciendo una estética un tanto atorrante, pues la panza le sobresalía un poco por la chaqueta entreatiada.

«Soy buena persona»

Pero él sonreía. ¿Qué hay tras la sonrisa indesmayable de Travolta? A simple vista, bondad, paciencia, inocencia... Y algo más atrás, quizá automatismo, autodefensa, escepticismo y abundante experiencia. Posó para todas las cámaras, en todas las direcciones, firmó autógrafos, se dejó besar y abrazar por cuantos se lo pidieron —tampoco es que

fuera legión— y contestó a algunas preguntas.

Era su tercer viaje a España y el primero a Barcelona. En las anteriores ocasiones, había visitado Madrid y «otra ciudad muy bonita, con mar, de cuyo nombre no me acuerdo ahora». Vaya, qué gran disgusto para los donostiaras... Dijo Travolta que su nueva película es de ciencia ficción; a su juicio —sólo a su juicio—, muy divertida, y que él hace de malo, «aunque, en el fondo, soy una buena persona». Por supuesto, España le encanta —¿acaso iba a decir lo contrario si no fuera así?— y quiere regresar más adelante.

La película que promociona, coprotagoniza y produce Travolta transcurre en el año 3000 y, en ella, unos alienígenas que se han hecho con nuestro planeta en sólo nueve minutos nos tienen acogotados. Él interpreta el papel de jefe de seguridad de esos extraterrestres y aparece irreconocible bajo una melena *rastafari* y toneladas de maquillaje.

Algunos dicen que el filme tiene mensajes subliminales para guiar a nuevos fieles hacia la Cienciología, culto que también profesa **Tom Cruise**. Pero Travolta lo niega rotundamente.

Sea cual sea esa creencia, no exige grandes sacrificios. El actor cenó opíparamente en uno de los mejores restaurantes de Barcelona y se alojó en uno de los despampanantes apartamentos del hotel Arts, cuyo precio puede llegar a las 700.000 pesetas por noche. Antes, se dio un garbeo por una discoteca, pero no bailó. Tal vez, esto sí se lo prohiba su religión.